

EL PARQUE DE DIVERSIONES

El parque de diversiones Jumbo Jumbo era el más grande de todo el planeta Plutón porque de todo tenía un poco: anfiteatros, parques, acuarios, montañas rusas, pistas de patinaje, tiendas, salas recreativas, centros de comida, un planetario y un circo.

Jumbo Jumbo se había convertido en uno de los centros turísticos más fructíferos e interesantes de los pocos que poseía Plutón, e incluso, desde el espacio, podía verse la telaraña de luces del parque sobre la superficie del planeta.

Como nunca amanecía ni mucho menos era de día, Plutón estaba siempre destinado a la noche, lo que le daba una suerte de aspecto carnavalesco y muy de Noche de Brujas, pero nadie se quejaba, a pesar de que a causa de ello, la piel de los plutonianos era blanca y fría, y llevaban unas ojeras de ríete tú de los vampiros.

El lugar estaba abierto las 24 horas (18, a decir verdad, que es lo que dura un día en Plutón), así lloviera, relampagueara o cayera una lluvia de meteoritos; a cualquier hora se podía entrar, y para el personal que operaba las atracciones eso nunca era un problema, pues todo estaba controlado mayormente por robots y por indocumentados ilegales de Saturno que eran capaces de trabajar hasta el borde de la muerte por un sueldo miserabilísimo, con tal de que no los llevaran de

vuelta a las recalcitrantes y poco conocidas minas del Olympus Mons.

La directiva de Jumbo Jumbo contaba con varios ejecutivos filántropos, por lo que se daba el lujo de tener un departamento de rehabilitación de criminales, a quienes les hacían trabajar girando la enorme manija de la Rueda de la Fortuna, o llevando entre los brazos los palotes que arrastraban las carrozas para niños ricos, pudiéndose estos dar el lujo de pegarles latigazos en la espalda cada vez que desearan ir más rápido (huelga decir que tenían especial precaución con los niños de seis brazos).

Desde las plazas, siempre podía verse un mosaico de torres de fantasía asomándose por encima de los árboles negros, con escalerillas en torno a ellas, que terminaban en formas cónicas, parecidas a la de un sombrero de bruja, típica de castillos clásicos.

Justo en el centro del parque se hallaba la cúpula del planetario, desde donde se proyectaba un abismal telescopio dorado de varios cientos de metros de altura, en el que se examinaba constantemente a los gigantes gaseosos del Sistema Solar, pero que sin embargo no ofrecía una vista muy aceptable de los misteriosos planetas sólidos que se hallaban después del cinturón de asteroides.

El sol se veía como una bellísima y mediana estrella fugaz azulada de cuatro brazos. Las parejas de enamorados subían en ocasiones la colina artificial para sentarse y ver, hombro a hombro, el inacabable espectáculo palpitante.

Otros, en cambio, preferían sentarse en las bancas alrededor del lago, para arrojar arpías de maíz (nombre que le dan a las palomitas, a las que hacen crecer descontroladamente con un aceite mutante, enarbolando el descarado clima hiperconsumista de Plutón) a una especie de pez sin ojos que no tardaba en asomar su boca para tragarse el bocado.

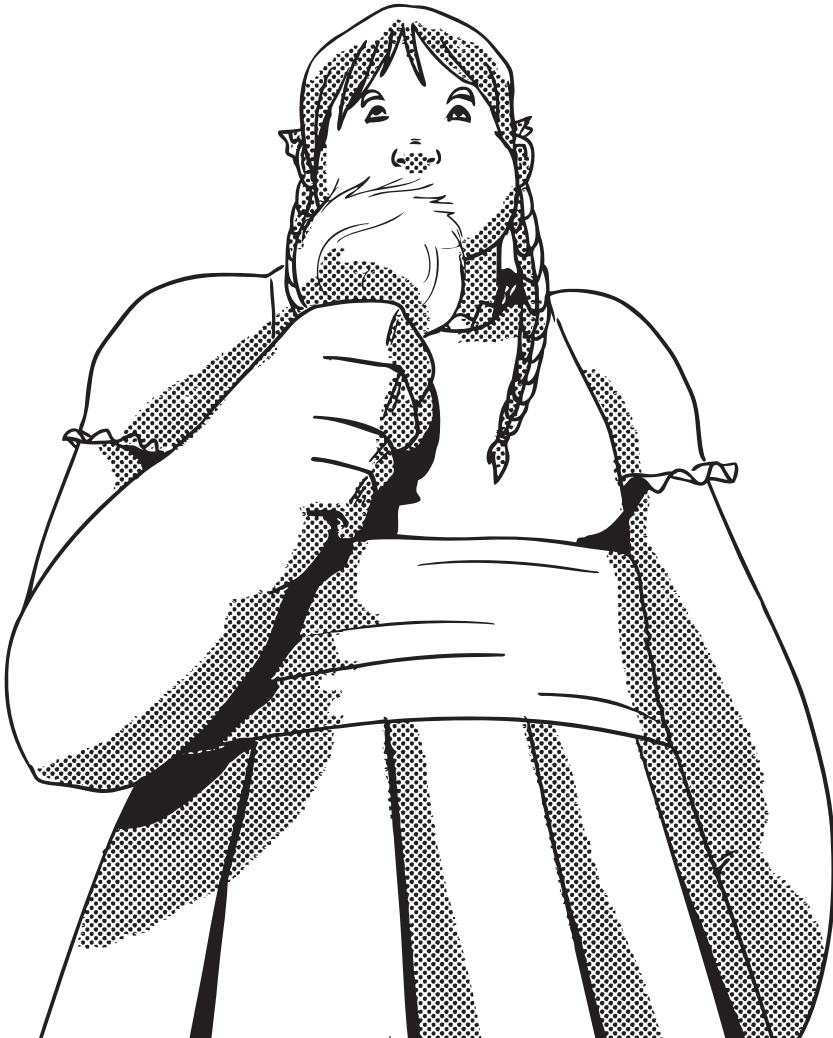
Más allá, cerca de la galería AV (Artistas Vagabundos), en la Plaza Mayor, se hallaba un carrito que vendía algodones

de azúcar. La larga fila de chiquillos esperaba su turno para recibir el delicioso dulce.

Y es aquí donde nuestra historia comienza...

La chica que atendía el puesto, bajita, verde y cabezona, de orejas largas y puntiagudas, llevaba un gorrito blanco sobre el cráneo. Sus lindos ojazos azules, maquillados con varias tonalidades violeta, estaban fijos hacia dentro del hueco de la máquina, donde introducía el brazo, sosteniendo el barquillo, haciendo formas y figuras con el algodón que eran todas unas obras de arte.

Un par de retumbos arruinaron uno que empezaba a obtener la forma de la cabeza de un unicornio. Levantó la mirada, y abrió los ojos como platos, mientras sus pupilas se hacían cada vez más diminutas.



Una mano dejó un par de monedas sobre el mostrador.

—Un algodón, por favor.

El gorrito se deslizó por su redonda cabeza y cayó al suelo, y como si no se hubiera dado cuenta, tomó otro barquillo, y le preparó un cono de algodón de azúcar de color rosado a la señorita que acababa de pedírselo, sin dejar de mirarla, al punto de parecer casi descortés.

Alargó la mano y se lo tendió.

Sosteniendo delicadamente el barquillo entre sus dedos, la señorita, que lucía una linda falda verde de varias capas, unos zapatos de charol, unos calcetines blancos que le llegaban hasta las rodillas y unas trenzas en la cabeza, pasó de largo la plaza y siguió rumbo a una neblinosa calle de adoquines, alumbrada por farolas de luz amarilla.

Esta calle desembocaba mucho más allá, era larguísima, hasta el punto que el otro extremo se perdía de vista y, además, estaba solitaria.

Pronto se transformaba en un puente que surcaba el lago, y después de casi un kilómetro, acababa en una isla recubierta, casi en su totalidad, por una enorme carpa.

El final del camino de adoquines estaba signado por una valla arqueada con grotescas caras de payasos pintadas a los lados, mostrando sonrisas de barracuda.

Había llegado al Circo de Jumbo Jumbo: el más grande de todo el Sistema Solar.

Pero el lugar estaba desierto: en la arena se hallaban grabadas millares de huellas de zapatos y botas de todos los tipos y tamaños, y un ligero olor a tabaco dominaba la atmósfera, mezclado con una brisa helada que gemía y acariciaba los banderines que tenía la colosal carpa.

Con tristeza, la señorita se dio cuenta de que había llegado tarde a la función; el show había terminado. Caminó lentamente hasta un expendedor de goma de mascar, la bola

de cristal mostraba chicles que tenían formitas de cabezas de zombis y calabazas de cualquier cantidad de sabores: menta, fresa, naranja, durazno, mora y riñón de Zamurkiano.

A cada paso que daba, más se asombraba por la inmensidad de la carpa: al igual que un rascacielos corporativo, había que levantar la cabeza para ver dónde terminaba el gigantesco letrero que entre luces de neón rezaba CIRCO JUMBO JUMBO en letras gruesas, de colores amarillo y rojo chorreantes. Algún artista debió pensar que eso le daba un aire atractivo, rematándolo con una gigantesca calavera de payaso encima, que parecía estar hincándole los dientes al letrero.

Para acceder al circo, había que apartar unas enormes, pesadas y gruesas cortinas que caían desde la altura suficiente para vestir a un edificio pequeño. En la sala de espera había una gran tabla color crema que llevaba enlistadas, en elegantes letras negras, las atracciones del día: la mujer albóndiga, el hombre más fuerte de Plutón, la hermanas con pezones en la lengua, los payasos suicidas, los acróbatas intrépidos, el hombre elástico, los animales acróbatas y el señor cara de trasero.

Siguió a través de la alfombra roja y, lentamente, se deslizó a través de las cortinas, apartándolas con el hombro sin mayor esfuerzo. El panorama dentro del circo no habría podido ser más tétrico: parecía un estadio de futbol a oscuras. Cada pisada era un concierto de crujidos entre bolsitas plásticas y arpías de maíz.

No había nada ni nadie; ni siquiera se escuchaban zumbidos de mosquitos.

El lugar estaba desordenado: las enormes mantas tapaban todas y cada una de las grúas mecánicas y trapecios, que bajo ella lucían como espectros descomunales y amenazantes. Pero aquella niña o era muy valiente o, sencillamente, no le



importaba, pues caminó más allá de las gradas, hasta el centro del circo: el escenario.

Aplastó una sonaja de payaso sin darse cuenta, y, entre tropiezos aquí y allá, llegó hasta la zona de los bastidores, luego de cruzar una difícil encrucijada conformada por coches miniatura para payasos.

El pasillo que se abría frente a ella era oscuro y largo, alumbrado por una hilera de lámparas cuyos focos parpadeaban irregularmente.

A los lados, se hallaban los retratos de quienes habían sido estrellas de antaño, y, mientras mordía su cono de algodón de azúcar, observó con atención cada uno:

NAPIAS VELLUDAS era el nombre en bajorrelieve sobre una placa dorada al pie de una ilustración barroca que mostraba el severo rostro de una señora madura, cuyos peculiares vellos nasales, que se asomaban por ambos hoyuelos de su nariz, caían como lianas por debajo de su mentón, dándole aspecto de ser bigotes de gitano. EL SEÑOR OJEADA exhibía a un hombre de mediana edad, calvo, con arrugas en la cara, rostro afable, cuya amplia sonrisa permitía apreciar que en su hinchada campanilla, tenía un enorme ojo verde que devolvía la mirada a quien se atreviera a verlo. EL MATEMÁTICO era tal vez el más raro de todos, pues su singular sonrisa dejaba ver que sus entrecruzadas y rosadas encías eran nada menos que su cerebro. Otro, bastante peculiar, era el hombre que tenía elefantiasis jupiteriana en...

La chica pensó en lo penoso que debía ser trabajar para un circo; ganarse la vida a expensas de que los demás se horroricen de uno, y luego pasársela exhibiendo sus peculiaridades para el disfrute de otros. Pero reflexionó que, al fin y al cabo, a esas personas no les quedaba de otra para subsistir, por no decir que había que contar a esa parte del personal

que estaba ahí porque realmente le gustaba su trabajo. Al fin y al cabo, el circo es el único lugar donde uno puede ser el más feo o el más extraño y ser famoso, admirado y respetado por ello.

El paseo por el pasillo se le hizo muy corto, pero más allá, había unas cortinas con algún otro lugar, y la chica no se iba a quedar con las ganas de saber qué había por ahí, así que, caminando lentamente con sus zapatos de charol, cruzó el umbral hasta el área donde estaban las jaulas de los animales...